ORGASMO ETERNO

(Por Loca... como tu madre) No todo es un bajón. ¡No!

El verano quemó Buenos Aires y la fisonomía de la ciudad se adaptó a la ausencia de muchos. Las calles respiran una cierta tranquilidad y arden bajo un sol que no perdona a nadie. En medio de este paisaje desolador, me encuentro sin un centavo, ni una invitación para despegar a esta altura de las vacaciones y lo que es peor, sin amor.

¿Dónde está el encanto de esta calurosa y desierta ciudad? ¡Yo lo tengo que encontrar!

¡Vámonos de aquí! El walkman, los anteojos, las llaves y la única amiga que no se fue de vacaciones; mi bici.

Encaro para el río. El asfalto se hunde bajo mis ruedas y sé que me voy a encontrar con la salida bloqueada, por esos lugares que, en una combinación perfecta de poco tiempo y grandes capitales, se convirtieron en conchetos clubes privados invadidos por masivas cámaras, intentando salvar la rutina veraniega de su programación. Sigo mi ruta. Me estimulo con las miradas y obscenidades que provoco.

La zona de Retiro me pertenece. Voy por detrás de las vías y el movimiento de mis piernas me excita, las veo libres, fuertes y con ganas de prenderse a la espalda de algún timón.

En el puerto, veo cantidad de containers que bajan de los barcos y pegadas, familias argentinas huyendo a Uruguay en tres horas y un ratito.

Me escapo de la idea de viajar como polizonte y pienso en Lola Mora, busco la sensualidad de la estatua, miro mis manos y me imagino las de ella, rompiendo las piedras y las cabezas de los funcionarios de fines del siglo pasado.

¿Paramos un poco?

Apago el calor de mi cuerpo tirada en el pasto, abajo de un árbol, me prendo uno y libero mis pies para que sientan el contacto con la tierra.

Hombres de todo tipo queriendo poseerme y entre todos uno muy especial, macho poderoso y decidido, que sin pedir se avalanza y cuando creo que va a caer sobre mí, se contiene.

Sus ojos enardecidos y diabólicos me prometen todo. Mi deseo se agiganta.

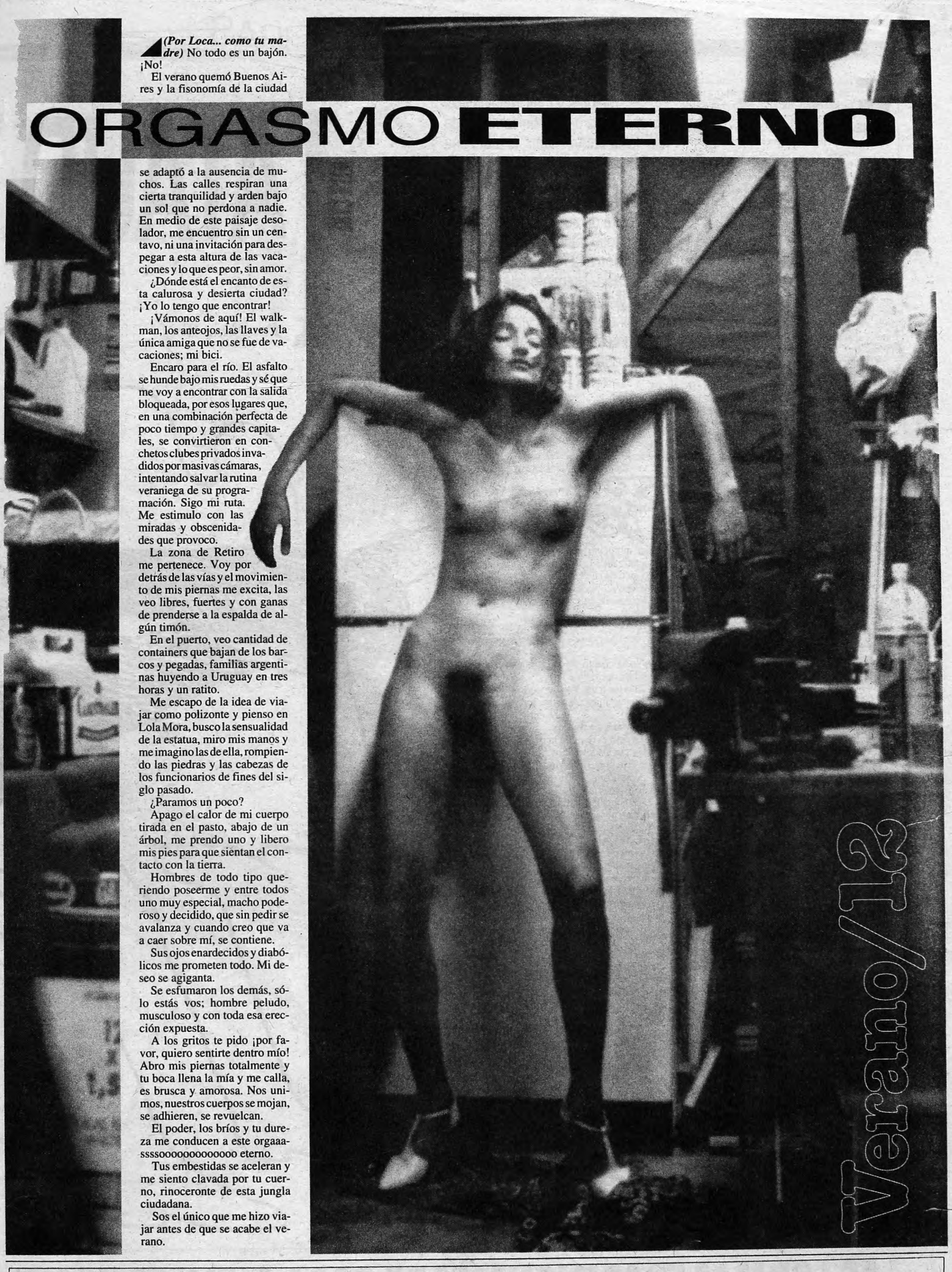
Se esfumaron los demás, sólo estás vos; hombre peludo, musculoso y con toda esa erección expuesta.

A los gritos te pido ¡por favor, quiero sentirte dentro mío! Abro mis piernas totalmente y tu boca llena la mía y me calla, es brusca y amorosa. Nos unimos, nuestros cuerpos se mojan, se adhieren, se revuelcan.

El poder, los bríos y tu dureza me conducen a este orgaaasssoooooooooooo eterno.

Tus embestidas se aceleran y me siento clavada por tu cuerno, rinoceronte de esta jungla ciudadana.

Sos el único que me hizo viajar antes de que se acabe el verano.



MAR DEL PLATA
JUGUEMOS LIMPI

REVELANDO SUS FOTOS EN
CUORE
FOTOCOLOR EN MINUTOS

PLANTE UN ARBOL CON IDEA

Esta campaña está basada en un trabajo conjunto entre la actividad oficial (Sub. de la Juventud, Sub.Sec. de Med. Ambiente), la privada (CUORE) y los SCOUTS de Mar del Plata

el ATAUD D

Reconocida como una de las mejores y más imaginativas escritoras dentro del territorio de la literatura infantil, la argentina Ema Wolf no se conforma sólo con eso. Y lo bien que hace. El cuento que aquí se publica es otra de sus historias fuera de todo género y fuera de toda discusión a la hora de celebrar su eficacia. Un relato que combina viejas aventuras de un pirata agonizante con la vital peripecia de una anciana que poco y nada tiene que ver con la clase pasiva.

Por Ema Wolf

El martillero Paoleti se despertó al amanecer asaltado por una luminosa inspiración de las que alimentaban su sed de mundo y comprometían a su madre. De todas las habidas antes, ésta era la más provocativa. Había que tener un alma de hierro para sustraerse a semejante voz del cielo, y Paoleti no la tenía, de modo que se entregó a su inspiración sin resistencia. Le tomó un rato moldearla, colorearla y presentársela a sí mismo en bandeja decorada.

Antes de las ocho saltó de la cama, se afeitó, se vistió, tomó tres o cuatro mates dulces y partió hacia la sucursal del Banco de Dover –a la sazón subsidiario de la Morgan–, donde seguramente ya estaba apostada la venerable anciana. Caminaba levantando mucho los pies –paso elástico de saltamontes– con una impaciencia exigente localizada en la panza baja. Se cruzó con varios aeróbicos conocidos pero no saludó a ninguno ya que la magnitud del objetivo que ocupaba su cabeza lo eximía de esas estupideces.

A las nueve y veinte puso pie en la vereda del Banco. Se detuvo a quince metros de la cola, que a esa hora había alcanzado su extensión máxima y ocupaba la mitad de la cuadra. Estaban todos, incluida su madre –de aquí en más la Venerable. Paoleti debía mirarla con insistencia, buscarle los ojos, esperar que ella reparara en él.

¿Cuál es la situación exactamente? Estamos a cinco del mes, día señalado de cobro para los autónomos pares. No llueve, pero se puede tiritar de frío en la vereda de la sombra. Paoleti reconoce las caras y los abrigos marrones. Singular cofradía la de los autónomos pares; se parecen extraordinariamente entre sí –piensa Paoleti– por autónomos y por pares que son. No hay manera de confundirlos con afiliados de otras cajas, y menos con la de empleados estatales, de quienes los separan alientos inconciliables: los que corresponden al clásico antagonismo entre libretrabajadores y cagatintas.

Raramente se producen discordias entre las filas. El más esforzado llega dos horas antes de que abra el Banco y encabeza. Detrás se van cubriendo los puestos en grado de estoicismo decreciente, hasta el último, fatal, ocupado siempre por la misma dama, una holgazana de modales equívocos que vaya uno a saber qué fue en vida pero nadie se lo pregunta por respeto a la autonomía de cada cual. (Las patas peludas del pecado.) El orden es sagrado, quien lo altera jamás regresa. Algún mes se advierte un claro en el rectángulo de baldosas y la baja es comentada sin que ocasione desaliento en la tropa.

Paoleti observó que la Venerable gesticulaba con pasión; aparentemente describía un complicado punto de tejido a la bizca que ocupaba el puesto treinta y ocho, anterior al suyo. La otra, hipnotizada. Ella terminó por quitarse la pañoleta y ponerla bajo la nariz de la bizca para que aprendiera el punto de una buena vez, pero pronto se dio por vencida. En ese momento descubrió a Paoleti; pegó media vuelta y se puso de cara a la pared.

Paoleti ya conocía ese gesto. A la Venerable le irritaba verlo merodear la cola cualquiera fuese el motivo que, por otra parte, era siempre el mismo en esencia. A pesar de su disgusto, se acercó.

–Madre.

–Madre un sorete.

–Míreme, por favor.

–La última vez que te miré me rompí la cadera.

–Escúcheme al menos.

La Venerable desconectó el audífono con el ademán de quien quiebra el asta de una bandera enemiga en la plaza pública. Los que estaban alrededor pararon las orejas.

El martillero se sintió incómodo y optó por alejarse unos metros con el pretexto de comprar cigarrillos. Cuando volvió a la escena, su madre conversaba con un autónomo que llevaba la boca clausurada por una bufanda y con otra autónoma varicosa sentada en un banquito plegable. Esta vez ella no le dio la espalda; simplemente fingió ignorarlo y se mantuvo en guardia rígida. Paoleti sujetó la impaciencia; esperó el momento para filtrarse con naturalidad en la conversación que giraba en torno de la jalea real.

–Debe ser buena porque las abejas reinas se alimentan con eso y viven siete veces más que las otras.

–Entonces si uno la toma ¿vive siete veces más que una persona o siete veces más que una abeja?

–No sé cuánto viven las abejas. La verdad, no sabría decirle.

–Míreme a mí. Yo soy viudo de nueve años.

–Lo importante no es vivir mucho sino tener salud.

–Se vende en frascos...

–La cosa es que con la jalea a usted nunca se le infectan los intestinos.

En este punto intervino Paoleti:

–A propósito, ¿saben que Francis Drake murió de disentería?

La Venerable saltó hacia atrás como picada en la cara por una araña venenosa. Llena de terror, se persignó.

–¡El Draque!

Su sangre española había retrocedido cuatro siglos en un segundo para traer a su memoria el pánico que inspiraba en las tierras de la Conquista el nombre del pirata inglés. ¡El Dragón! ¡La encarnación de Satán! Asomó el recuerdo de barcos violados, doncellas desfondadas, tesoros rapiñados, rancherías arrasadas a sangre y fuego, fortificaciones convertidas en migas. Doblaba España las rodillas ante la boca de sus cañones; temblaban las cruces católicas ante el hereje nacido entre los herejes.

–Como digo: murió de disentería complicada con paludismo –repitió Paoleti imperturbable–. Se fue de cuerpo.

–No sé qué te traerás entre manos –la Venerable desbordaba rencor–, pero esta vez no cuentes conmigo.

Acto seguido convocó los oídos del grupo y habló como si Paoleti no existiera.

Ella –dijo– ya había cumplido ochenta y cinco años. A su edad tenía derecho a pasar las vacaciones en una playa tranquila preferentemente de río, protegida del sol de la mañana por eucaliptos frondosos o, en su defecto, sauces. Amaba el espectáculo del

LAS FORMAS TRADICIONALES DE PAGO ESTAN TECLEANDO.

PAGO AUTOMATICO DE SERVICIOS

BANCO PROVINCIA ES EL PRIMERO EN OFRECERLE EL PAGO DE LOS IMPUESTOS A TRAVES DEL SERVICIO DE BANCA ELECTRONICA PERSONAL BAPRO.

ALUMBRADO, BARRIDO Y LIMPIEZA DE LA CIUDAD DE BS. AS. IMPUESTO INMOBILIARIO PROVINCIA DE BS. AS. IMPUESTO AUTOMOTOR PROVINCIA DE BS. AS. Telefónica de Argentina.

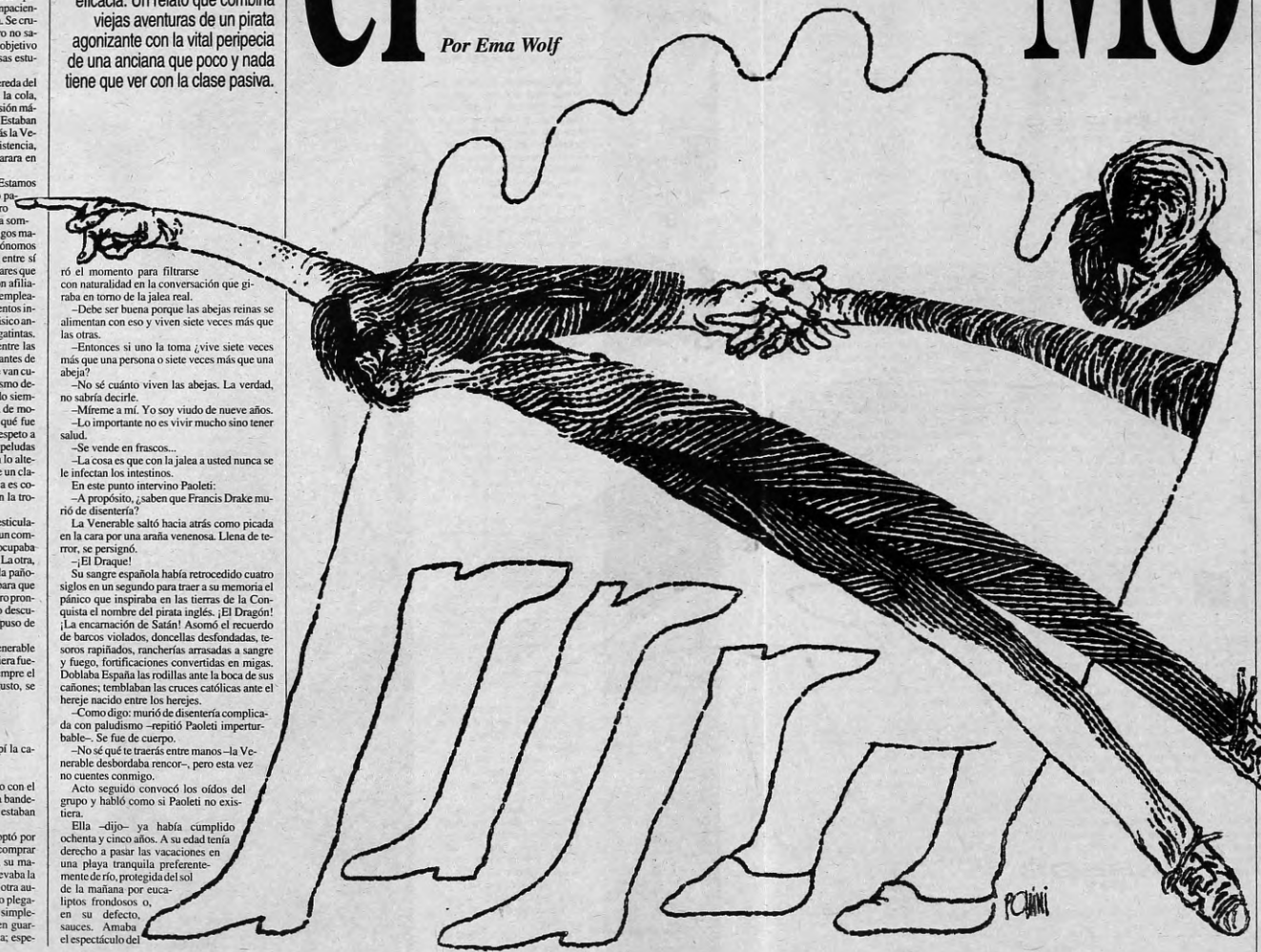
BANCO PROVINCIA
El Banco de la Provincia de Buenos Aires

CADA DIA MAS BANCO

el ATAUD DE PLOMO

Por Ema Wolf

Reconocida como una de las mejores y más imaginativas escritoras dentro del territorio de la literatura infantil, la argentina Ema Wolf no se conforma sólo con eso. Y lo bien que hace. El cuento que aquí se publica es otra de sus historias fuera de todo género y fuera de toda discusión a la hora de celebrar su eficacia. Un relato que combina viejas aventuras de un pirata agonizante con la vital peripecia de una anciana que poco y nada tiene que ver con la clase pasiva.



El martillero Paoleti se despertó al amanecer asaltado por una luminosa inspiración de las que alimentaban su sed de mundo y comprometían a su madre. De todas las habidas antes, ésta era la más provocativa. Había que tener un alma de hierro para sustraerse a semejante voz del cielo, y Paoleti no la tenía, de modo que se entregó a su inspiración sin resistencia. Le tomó un rato moldearla, colorearla y presentársela a sí mismo en bandeja decorada.

Antes de las ocho saltó de la cama, se afeitó, se vistió, tomó tres o cuatro mates dulces y partió hacia la sucursal del Banco de Dover –a la sazón subsidiario de la Morgan–, donde seguramente ya estaba apostada la venerable anciana. Caminaba levantando mucho los pies –paso elástico de saltamontes– con una impaciencia exigente localizada en la panza baja. Se cruzó con varios aeróbicos conocidos pero no saludó a ninguno ya que la magnitud del objetivo que ocupaba su cabeza lo eximía de esas estupideces.

A las nueve y veinte puso pie en la vereda del Banco. Se detuvo a quince metros de la cola, que a esa hora había alcanzado su extensión máxima y ocupaba la mitad de la cuadra. Estaban todos, incluida su madre –de aquí en más la Venerable. Paoleti debía mirarla con insistencia, buscarle los ojos, esperar que ella reparara en él.

¿Cuál es la situación exactamente? Estamos a cinco del mes, día señalado de cobro para los autónomos pares. No llueve, pero se puede tiritar de frío en la vereda de la sombra. Paoleti reconoce las caras y los abrigos marrones. Singular cofradía la de los autónomos pares; se parecen extraordinariamente entre sí –piensa Paoleti– por autónomos y por pares que son. No hay manera de confundirlos con afiliados de otras cajas, y menos con la de empleados estatales, de quienes los separan alientos inconciliables; los que corresponden al clásico antagonismo entre libretrabajadores y cagatintas.

Raramente se producen discordias entre las filas. El más esforzado llega dos horas antes de que abra el Banco y encabeza. Detrás se van cubriendo los puestos en grado de estoicismo decreciente, hasta el último, fatal, ocupado siempre por la misma dama, una holgazana de modales equívocos que vaya uno a saber qué fue en vida pero nadie se lo pregunta por respeto a la autonomía de cada cual. (Las patas peludas del pecado.) El orden es sagrado, quien lo altera jamás regresa. Algún mes se advierte un claro en el rectángulo de baldosas y la baja es comentada sin que ocasione desaliento en la tropa.

Paoleti observó que la Venerable gesticulaba con pasión; aparentemente describía un complicado punto de tejido a la bizca que ocupaba el puesto treinta y ocho, anterior al suyo. La otra, hipnotizada. Ella terminó por quitarse la pañoleta y ponerla bajo la nariz de la bizca para que aprendiera el punto de una buena vez, pero pronto se dio por vencida. En ese momento descubrió a Paoleti; pegó media vuelta y se puso de cara a la pared.

Paoleti ya conocía ese gesto. A la Venerable le irritaba verlo merodear la cola cualquiera fuese el motivo que, por otra parte, era siempre el mismo en esencia. A pesar de su disgusto, se acercó.

–Madre.

–Madre un sorete.

–Míreme, por favor.

–La última vez que te miré me rompí la cadera.

–Escúcheme al menos.

La Venerable desconectó el audífono con el ademán de quien quiebra el asta de una bandera enemiga en la plaza pública. Los que estaban alrededor pararon las orejas.

El martillero se sintió incómodo y optó por alejarse unos metros con el pretexto de comprar cigarrillos. Cuando volvió a la escena, su madre conversaba con un autónomo que llevaba la boca clausurada por una bufanda y con otra autónoma varicosa sentada en un banquito plegable. Esta vez ella no le dio la espalda; simplemente fingió ignorarlo y se mantuvo en guardia rígida. Paoleti sujetó la impaciencia; esperó el momento para filtrarse con naturalidad en la conversación que giraba en torno de la jalea real.

–Debe ser buena porque las abejas reinas se alimentan con eso y viven siete veces más que las otras.

–Entonces si uno la toma ¿vive siete veces más que una persona o siete veces más que una abeja?

–No sé cuánto viven las abejas. La verdad, no sabría decirle.

–Míreme a mí. Yo soy viudo de nueve años.

–Lo importante no es vivir mucho sino tener salud.

–Se vende en frascos...

–La cosa es que con la jalea a usted nunca se le infectan los intestinos.

En este punto intervino Paoleti:

–A propósito, ¿saben que Francis Drake murió de disentería?

La Venerable saltó hacia atrás como picada en la cara por una araña venenosa. Llena de terror, se persignó.

–¡El Draque!

Su sangre española había retrocedido cuatro siglos en un segundo para traer a su memoria el pánico que inspiraba en las tierras de la Conquista el nombre del pirata inglés. ¡El Dragón! ¡La encarnación de Satán! Asomó el recuerdo de barcos violados, doncellas desfondadas, tesoros rapiñados, rancherías arrasadas a sangre y fuego, fortificaciones convertidas en migas. Doblaba España las rodillas ante la boca de sus cañones; temblaban las cruces católicas ante el hereje nacido entre los herejes.

–Como digo: murió de disentería complicada con paludismo –repitió Paoleti imperturbable–. Se fue de cuerpo.

–No sé qué te traerás entre manos –la Venerable desbordaba rencor–, pero esta vez no cuentes conmigo.

Acto seguido convocó los oídos del grupo y habló como si Paoleti no existiera.

Ella –dijo– ya había cumplido ochenta y cinco años. A su edad tenía derecho a pasar las vacaciones en una playa tranquila preferentemente de río, protegida del sol de la mañana por eucaliptos frondosos o, en su defecto, sauces. Amaba el espectáculo del poniente derramándose sobre el agua y nada más quería agradecer a Dios por esos dones sencillos. Ya había ganado el bendito derecho a una reposera con patas y comidas sanas a horario. Clamaba por un auto de paseo para mirar el paisaje desde la ventanilla; nada de motocicletas, mulas o atrocidades parecidas. Estaba para chapotear en piletones de aguas termales y jugar a la canasta bajo vigilancia médica.

–Madre, usted y yo tenemos que recuperarlo.

–¡¿Qué?!

–El ataúd.

La cola empezó a moverse. Acababan de abrir el Banco pero a nadie le interesó el detalle esta vez; el cariz de la conversación había puesto a los autónomos pares en estado de expectativa suprema. La bizca observaba a Paoleti con aprensión morbosa. La Venerable seguía razonando sordamente sobre los derechos del ostracismo en salud y los otros la apoyaban con comentarios acordes.

–Mi hijo me lleva siempre a las sierras –dijo la del banquito plegable.

–¡Ah, es el mejor aire!

El martillero vio otra vez la oportunidad y se coló como una rata porque no se presentaría otra parecida.

–Precisamente el aire fue el culpable del final del inglés: después que fracasó el asalto a Panamá tenía la matad de la gente enferma por las emanaciones de los pantanos palúdicos. Habrán oído hablar de la costa del Golfo de Mosquito...

–Es lo que odio del verano, más que el calor –apuntó el de la bufanda en sordina.

–Hay unos aparatitos que se enchufan...

Paoleti no iba a permitir ya que la atención se dispersara. Abandonó para siempre el tono casual y se lanzó a fondo en clave de epopeya.

–Decían sus oficiales que desde la derrota de Panamá nunca más hubo alegría en la cara del Almirante. Aquellos escenarios eran los mismos de sus primeras hazañas, pero la seguridad distraída de su juventud, la que convertía los peligros en deporte, lo había abandonado. Reunió fuerzas para sobreponerse al mal trance y convocó a su consejo de guerra. Les mostró en el mapa Trujillo, el puerto más codiciado de Honduras, y también las torres de oro que rodeaban el lago de Nicaragua. Preguntó cuál de esos sitios tomarían. "Los dos, uno después del otro", contestaron los hombres... Prometía ser una empresa tan temeraria como cualquiera de las anteriores. Estaba resuelto a salvar su reputación o morir en el intento si la mano de Dios le era contraria. Cuando quiso avanzar hacia sus objetivos, hacia el noroeste, un viento fuerte lo empujó a lo más profundo del Golfo y tuvo que buscar asilo en la isla de Veragua donde enfrentó la cara negra del Paraíso: el suelo podrido bajo los pies y reptiles en el fango con olor a muerte. Día tras día esperó el viento favorable. Ocupó a los hombres en fabricar pinazas para remontar más tarde el río San Juan, pero cada amanecer se le morían bajo el aire envenenado. El mismo cayó enfermo de fiebres. Abatido, mandó levar anclas y entregar la flota al viento sólo por alejarse de aquel sitio. Era demasiado tarde: la pestilencia estaba a bordo de los barcos.

La Venerable intentó un sabotaje inútil:

–¡Qué barbaridad! ¡Atiende un solo cajero!

Paoleti siguió.

–Navegaron siete días de infierno. Cuando la flota entró en Portobelo el Almirante estaba al borde de la muerte. Era el año mil quinientos noventa y seis. En la madrugada del veintiocho de enero se levantó de su litera, se vistió sin ayuda, pidió sus armas y en un ataque de frenesí deliró sobre batallas, flotas, reinas vírgenes, tierras envenenadas, complots contra su mando; maldijo al cielo y a todos los humanos con palabras que mejor no repetir. Cuando pasó el ataque lo llevaron de vuelta a su cama y allí murió, tranquilo como un niño dormido.

Ahora sí, pausa.

La audiencia contenía el aliento mirando alternativamente a Paoleti y a la Venerable, que se había tapado las orejas con las manos. El martillero no se dejó conmover; estaba acostumbrado a verla manipular su sordera,falsa como un diente. La bizca intentó volver al tema de la jalea real; nadie le hizo caso.

–La señora es su mamá, ¿verdad? –preguntó el pasivo de la bufanda.

–Lo es.

Nuevos silencios.

–¡Qué cosas pasaban antes! ¿Quién dijo que era ese hombre? –arriesgó la del banquito.

–Era el rey del mar, señora.

–Su madre lo conocía, parece. Se ve que la noticia la afectó.

La Venerable se destapó las orejas.

–¡No sea burra! ¿No escuchó que murió hace cuatrocientos años?

Disculpe.

Después encaró a Paoleti.

–Si terminaste la historia mandate a mudar; y si no, mandate a mudar sin terminarla.

El martillero sintió que la fortaleza empezaba a ceder. Ahuecó más la voz:

–En la hermosa rada de Portobelo, a la vista del fuerte que los españoles acababan de construir, la noticia de la muerte voló de barco en barco y la flota quedó como un rebaño sin pastor. El primer pensamiento fue volver a casa pero nunca se atreverían a emprender el viaje sin haber dado sepultura al Almirante. Por la mañana celebraron los últimos ritos. El cuerpo fue encerrado en un ataúd de plomo y sellado. La escuadra formó en círculo a una legua de la costa al tiempo que ponían fuego al fuerte, a los barcos españoles que eran presas y a dos barcos de los suyos porque ya no tenían hombres que los tripularan. Allí, en el centro del círculo, entre salvas del cañón, el lamento de los discípulos, el humo de las piras de madera que se consumían a flote y en la costa, se entregó el cuerpo a las aguas. Los tambores batieron a duelo y las trompetas ejecutaron el requiem. La flota se alejó. Atrás quedaban las ruinas del último fuerte que los españoles habían levantado contra él.

Una franja de sol empezó a comerse la vereda del lado de la calle; los autónomos la observaron reflexivamente: cuando llegara a la pared ellos ya no estarían allí. La cola seguía su avance a ritmo tranquilo. El policía de custodia, inflexible con los ansiosos, sofocó un conato de asalto. La Venerable se enroscó sobre sí misma con aire de víctima.

–¿No le parece, madre, que vale la pena intentarlo?

Ella organizó un simulacro de llanto.

–Casi me desnuco escapando de Martín García abrazada del pescuezo de una yegua, casi me sepultás bajo los adoquines de una cantera en Sierra Chica, casi me despeño cruzando a pie por Uspallata. ¿Querés que siga enumerando?

–Usted no buceó nunca hasta ahora, me parece.

–Querés matarme.

Paoleti acarició la pañoleta sobre los hombros, peinó los flecos con dedos amorosos. Otra vez respiraba la neblina de su feliz inspiración; otra vez la impaciencia localizada.

–Podemos salir ahora mismo.

–Ah, ¿y para qué hice la cola?

–¡Dele!

La Venerable insistió en cobrar de todos modos. Iban a necesitar plata, dijo. No sólo para los pasajes; harían falta equipos de sondeo, una base de operaciones en la costa, una plataforma móvil, gomones, dos trajes de buzo...

Los otros autónomos se sintieron en el deber de alentarla; estaban de acuerdo en que la empresa tenía sus riesgos, pero era bastante original. La bizca, impensadamente, ofreció cincuenta kilos de cadena gruesa que le habían sobrado de su marido; la Venerable los rechazó por distracción: estaba demasiado inmersa en las dificultades por venir.

–¿Será profundo el mar de Portobelo?

–Sólo Drake lo sabe.

Apenas cobró se alejaron de la fila, ya muy disminuida. Paoleti saludó con amabilidad a los que quedaban. Caminaron despacio hacia la esquina para cruzar la avenida. La Venerable se colgó de su brazo; le tenía terror a los semáforos. Tuvo un último ataque de rebelión.

–Seguro que me vas a vender como esclava a los negreros holandeses.

–No, madre, no.

LAS FORMAS TRADICIONALES DE PAGO ESTAN TECLEANDO.

BANCO PROVINCIA ES EL PRIMERO EN OFRECERLE EL PAGO DE LOS IMPUESTOS A TRAVES DEL SERVICIO DE BANCA ELECTRONICA PERSONAL BAPRO.

ALUMBRADO, BARRIDO Y LIMPIEZA DE LA CIUDAD DE BS. AS.
IMPUESTO INMOBILIARIO PROVINCIA DE BS. AS.
IMPUESTO AUTOMOTOR PROVINCIA DE BS. AS.
Telefónica de Argentina

BANCO PROVINCIA
El Banco de la Provincia de Buenos Aires
CADA DIA MAS BANCO

LA RUTA 2
RUTA AL MAR

Tomando por ella hacia la costa atlantica, usted se beneficia con estos servicios
POSTES SOS: Ubicados cada 10 Kms en zonas poco pobladas
MOVILES DE SERVICIO: Equipados para atenderlo en mecanica ligera
OPERATIVOS SOL y SOL SALUD: Dispuesto por la Gobernacion para su seguridad
RED DE SERVICIOS COVISUR: Negocios donde comprar con tranquilidad
Además GUIA TURISTICA con
RUTACHECKS - HOJA DE RUTA
PROMOCIONES. SAMPLING
DE PRODUCTOS - Para que en su viaje reciba un monton de sorpresas
ENSANCHE DE RUTA
MANTENIMIENTO - TACHAS
REFLECTIVAS - Para iniciar unas vacaciones seguras y confortables
Todo se lo brinda
COVISUR
CN PRODUCCIONES

DE PLOMO

poniente derramándose sobre el agua y nada más quería agradecer a Dios por esos dones sencillos. Ya había ganado el bendito derecho a una reposera con patas y comidas sanas a horario. Clamaba por un auto de paseo para mirar el paisaje desde la ventanilla; nada de motocicletas, mulas o atrocidades parecidas. Estaba para chapotear en piletones de aguas termales y jugar a la canasta bajo vigilancia médica.

–Madre, usted y yo tenemos que recuperarlo.

–¡¿Qué?!

–El ataúd.

La cola empezó a moverse. Acababan de abrir el Banco pero a nadie le interesó el detalle esta vez; el cariz de la conversación había puesto a los autónomos pares en estado de expectativa suprema. La bizca observaba a Paoleti con aprensión morbosa. La Venerable seguía razonando sordamente sobre los derechos del ostracismo en salud y los otros la apoyaban con comentarios acordes.

–Mi hijo me lleva siempre a las sierras –dijo la del banquito plegable.

–¡Ah, es el mejor aire!

El martillero vio otra vez la oportunidad y se coló como una rata porque no se presentaría otra parecida.

–Precisamente el aire fue el culpable del final del inglés: después que fracasó el asalto a Panamá tenía la mitad de la gente enferma por las emanaciones de los pantanos palúdicos. Habrán oído hablar de la costa del Golfo de Mosquito...

–Es lo que odio del verano, más que el calor –apuntó el de la bufanda en sordina.

–Hay unos aparatitos que se enchufan...

Paoleti no iba a permitir ya que la atención se dispersara. Abandonó para siempre el tono casual y se lanzó a fondo en clave de epopeya.

–Decían sus oficiales que desde la derrota de Panamá nunca más hubo alegría en la cara del Almirante. Aquellos escenarios eran los mismos de sus primeras hazañas, pero la seguridad distraída de su juventud, la que convertía los peligros en deporte, lo había abandonado. Reunió fuerzas para sobreponerse al mal trance y convocó a su consejo de guerra. Les mostró en el mapa Trujillo, el puerto más codiciado de Honduras, y también las torres de oro que rodeaban el lago de Nicaragua. Preguntó cuál de esos sitios tomarían. "Los dos, uno después del otro", contestaron los hombres... Prometía ser una empresa tan temeraria como cualquiera de las anteriores. Estaba resuelto a salvar su reputación o morir en el intento si la mano de Dios le era contraria. Cuando quiso avanzar hacia sus objetivos, hacia el noroeste, un viento fuerte lo empujó a lo más profundo del Golfo y tuvo que buscar asilo en la isla de Veragua donde enfrentó la cara negra del Paraíso: el suelo podrido bajo los pies y reptiles en el fango con olor a muerte. Día tras día esperó el viento favorable. Ocupó a los hombres en fabricar pinazas para remontar más tarde el río San Juan, pero cada amanecer se le morían bajo el aire envenenado. El mismo cayó enfermo de fiebres. Abatido, mandó levar anclas y entregar la flota al viento sólo por alejarse de aquel sitio. Era demasiado tarde: la pestilencia estaba a bordo de los barcos.

La Venerable intentó un sabotaje inútil:

–¡Qué barbaridad! ¡Atiende un solo cajero!

Paoleti siguió.

–Navegaron siete días de infierno. Cuando la flota entró en Portobelo el Almirante estaba al borde de la muerte. Era el año mil quinientos noventa y seis. En la madrugada del veintiocho de enero se levantó de su litera, se vistió sin ayuda, pidió sus armas y en un ataque de frenesí deliró sobre batallas, flotas, reinas vírgenes, tierras envenenadas, complots contra su mando; maldijo al cielo y a todos los humanos con palabras que mejor no repetir. Cuando pasó el ataque lo llevaron de vuelta a su cama y allí murió, tranquilo como un niño dormido.

Ahora sí, pausa.

La audiencia contenía el aliento mirando alternativamente a Paoleti y a la Venerable, que se había tapado las orejas con las manos. El martillero no se dejó conmover; estaba acostumbrado a verla manipular su sordera,falsa como un diente. La bizca intentó volver al tema de la jalea real; nadie le hizo caso.

–La señora es su mamá, ¿verdad? –preguntó el pasivo de la bufanda.

–Lo es.

Nuevos silencios.

–¡Qué cosas pasaban antes! ¿Quién dijo que era ese hombre? –arriesgó la del banquito.

–Era el rey del mar, señora.

–Su madre lo conocía, parece. Se ve que la noticia la afectó.

La Venerable se destapó las orejas.

–¡No sea burra! ¿No escuchó que murió hace cuatrocientos años?

Disculpe.

Después encaró a Paoleti.

–Si terminaste la historia mandate a mudar; y si no, mandate a mudar sin terminarla.

El martillero sintió que la fortaleza empezaba a ceder. Ahuecó más la voz:

–En la hermosa rada de Portobelo, a la vista del fuerte que los españoles acababan de construir, la noticia de la muerte voló de barco en barco y la flota quedó como un rebaño sin pastor. El primer pensamiento fue volver a casa pero nunca se atreverían a emprender el viaje sin haber dado sepultura al Almirante. Por la mañana celebraron los últimos ritos. El cuerpo fue encerrado en un ataúd de plomo y sellado. La escuadra formó en círculo a una legua de la costa al tiempo que ponían fuego al fuerte, a los barcos españoles que eran presas y a dos barcos de los suyos porque ya no tenían hombres que los tripularan. Allí, en el centro del círculo, entre salvas del cañón, el lamento de los discípulos, el humo de las piras de madera que se consumían a flote y en la costa, se entregó el cuerpo a las aguas. Los tambores batieron a duelo y las trompetas ejecutaron el requiem. La flota se alejó. Atrás quedaban las ruinas del último fuerte que los españoles habían levantado contra él.

Una franja de sol empezó a comerse la vereda del lado de la calle; los autónomos la observaron reflexivamente: cuando llegara a la pared ellos ya no estarían allí. La cola seguía su avance a ritmo tranquilo. El policía de custodia, inflexible con los ansiosos, sofocó un conato de asalto. La Venerable se enroscó sobre sí misma con aire de víctima.

–¿No le parece, madre, que vale la pena intentarlo?

Ella organizó un simulacro de llanto.

–Casi me desnuco escapando de Martín García abrazada del pescuezo de una yegua, casi me sepultás bajo los adoquines de una cantera en Sierra Chica, casi me despeño cruzando a pie por Uspallata. ¿Querés que siga enumerando?

–Usted no buceó nunca hasta ahora, me parece.

–Querés matarme.

Paoleti acarició la pañoleta sobre los hombros, peinó los flecos con dedos amorosos. Otra vez respiraba la neblina de su feliz inspiración; otra vez la impaciencia localizada.

–Podemos salir ahora mismo.

–Ah, ¿y para qué hice la cola?

–¡Dele!

La Venerable insistió en cobrar de todos modos. Iban a necesitar plata, dijo. No sólo para los pasajes; harían falta equipos de sondeo, una base de operaciones en la costa, una plataforma móvil, gomones, dos trajes de buzo...

Los otros autónomos se sintieron en el deber de alentarla; estaban de acuerdo en que la empresa tenía sus riesgos, pero era bastante original. La bizca, impensadamente, ofreció cincuenta kilos de cadena gruesa que le habían sobrado de su marido; la Venerable los rechazó por distracción: estaba demasiado inmersa en las dificultades por venir.

–¿Será profundo el mar de Portobelo?

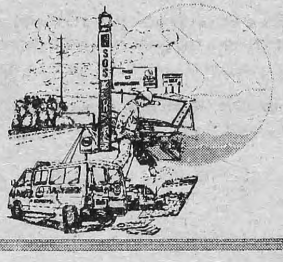
–Sólo Drake lo sabe.

Apenas cobró se alejaron de la fila, ya muy disminuida. Paoleti saludó con amabilidad a los que quedaban. Caminaron despacio hacia la esquina para cruzar la avenida. La Venerable se colgó de su brazo; le tenía terror a los semáforos. Tuvo un último ataque de rebelión.

–Seguro que me vas a vender como esclava a los negreros holandeses.

–No, madre, no.

LA RUTA 2
RUTA AL MAR



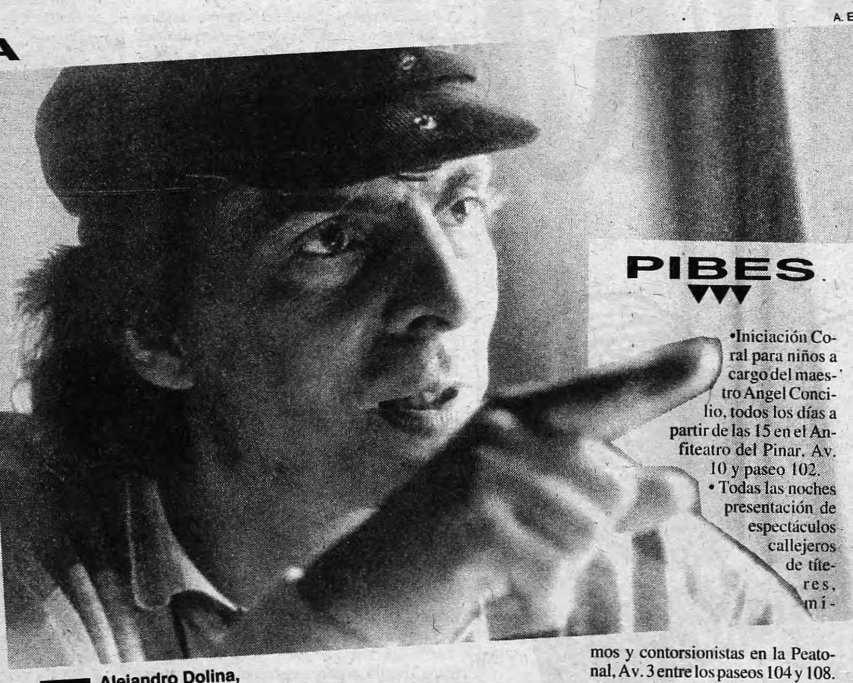
Tomando por ella hacia la costa atlántica, usted se beneficia con estos servicios:
POSTES SOS: Ubicados cada 10 Kms en zonas poco pobladas.
MOVILES DE SERVICIO: Equipados para atenderlo en mecánica ligera.
OPERATIVOS SOL y SOL SALUD: Dispuesto por la Gobernación para su seguridad.
RED DE SERVICIOS COVISUR: Negocios donde comprar con tranquilidad.
Además GUIA TURISTICA con RUTACHECKS - HOJA DE RUTA
PROMOCIONES- SAMPLING DE PRODUCTOS - Para que en su viaje reciba un montón de sorpresas.
ENSANCHE DE RUTA
MANTENIMIENTO - TACHAS REFLECTIVAS - Para iniciar unas vacaciones seguras y confortables.
Todo se lo brinda
COVISUR
CN PRODUCCIONES

REVELE SUS FOTOS EN CUORE FOTOCOLOR EN MINUTOS
Y PLANTE UN ARBOL CON IDEA EN MAR DEL PLATA

Verano/12

REVELE SUS FOTOS EN CUORE FOTOCOLOR EN MINUTOS
Y PLANTE UN ARBOL CON IDEA EN MAR DEL PLATA

A. Elías



Alejandro Dolina, el lunes 21 en Villa Gesell.

a. AGENDA

MUSICA

• Esta noche presentación del Coro Municipal de Niños y Jóvenes de Pergamino, provincia de Buenos Aires, y el Coro del Consejo de Profesionales de Ciencias Económicas en el Anfiteatro del Pinar. A partir de las 21.30 en la Av. 10 y el paseo 102. Entrada libre y gratuita.

• Dúo de Tango, bandoneón y guitarras. Desde las 22, en Las Cortaderas, Av. Buenos Aires y Circunvalación. Mañana a la noche Martín Frontini, trompeta.

• Canto Bar en Cadaqués, con Gastón de la Villa. Guitarra, órgano en el parador Cadaqués. Todas las noches en Av. Costanera y calle 303.

• Carmen Baliero, varietté-piano bar. En Las Cortaderas, viernes y sábados desde las 22 en Av. Buenos Aires y Circunvalación.

• Los Angeles, covers, todas las noches desde las 23 en Altra Birra. Alameda 202 y Av. Buenos Aires.

• Los Náufragos (creadores de "Zapatos rotos", etc.) Todas las noches a las 0.30 en el Balneario Charlie, Av. Costanera y paseo 108.

• El sábado presentación del Coro de Niños y Jóvenes de Pergamino y el Coro del Consejo de Profesionales de Ciencias Económicas en el Anfiteatro del Pinar. Desde las 21.30 en Av. 10 y paseo 102.

• Aguante Baretta, rock, en el Paseo de Compras Camino Real. El sábado desde las 23, paseo 104 y Av. 4. Entrada libre y gratuita.

• Rulo Vignollés, jazz, trío de guitarra, bajo y saxo. Viernes y sábado por la noche a partir de las 23 en el Bel Motel, Alameda 206 y calle 303.

• Las Sabrosas Sarigüeyas, salsa (grupo integrado por chicos de 15 años) en el Paseo de Compras Camino Real. El domingo a las 23. Gratis, en paseo 104 y Av. 4.

• El domingo actúa Dois & Dois, música brasileña en el Anfiteatro del Pinar. Av. 10 y paseo 102. Desde las 21.30, entrada libre y gratuita.

• Alejandro Dolina, el lunes 21, a las 22.30 en el Atlas. Paseo 108 y Av. 3.

• Cursos de Iniciación Coral para adultos todos los días desde las 18.30 a cargo del maestro Abel Schaler en el Anfiteatro Del Pinar, Av. 10 y paseo 102.

• La Mar en Coche, boliche rockero, presentación de grupos de rock. Todas las noches después de la 1 de la madrugada. En el paseo 105 entre avenidas 2 y 3.

TEATRO

• *El señor del baño*, con Rudy Chernicof. Monólogos sobre la actualidad. En la Asociación Bancaria, Av. 1 y paseo 118 a las 22.30, entrada libre y gratuita. El mismo espectáculo se presenta el sábado a las 22.30 en Avenida 2 y paseo 108, Hotel 25 de Noviembre, y el próximo martes en Playa y paseo 126, Balneario Fredda a las 22.30.

• *La risa es salud*, de Rudy Chernicoff, con las Diab-less, encargadas de presentar cada monólogo con un sugestivo topless. Escenas de la vida cotidiana. A las 22.30, entrada 12 pesos, en Av. 3 y paseo 109. Todos los viernes de febrero.

• *La lección de anatomía*, de Carlos Mathus. Clásico, con 8 actores en escena. Todos los domingos de febrero a las 23 en Casa de la Cultura, Av. 3 y paseo 109, precio de la entrada 12 pesos.

• *Deschave de matrimonios*, de Zuhair Jury. Comedia picaresca dirigida por Edgardo Cané. Con la actuación de Tincho Zabala, Beatriz Taibo, Sandra Domínguez y Antonio Caride. A pedido del público, 2 funciones a las 22 y a las 23.30 del próximo lunes. En la Casa de la Cultura, Av. 3 y paseo 109, entrada 12 pesos, jubilados 10 pesos.

• *La casita de los viejos*, de Mauricio Kartún, con dirección de Juan José Vázquez. Una alegoría sobre el autoritarismo interpretada por seis integrantes del Taller de Teatro de la Casa de la Cultura de Villa Gesell. Los martes de febrero a las 23.30 en Av. 3 y paseo 109. Entrada libre y gratuita.

• *El último varón*, de Jorge Bellizzi. Comedia interpretada por Darío Víttori, Cristina del Valle y María Alexandra. Mañana jueves en el Teatro San Martín 2 en el paseo 105, entre avenidas 2 y 3. A las 22.30, entrada 15 pesos. Todos los jueves de febrero.

PIBES

•Iniciación Coral para niños a cargo del maestro Angel Concilio, todos los días a partir de las 15 en el Anfiteatro del Pinar, Av. 10 y paseo 102.

• Todas las noches presentación de espectáculos callejeros de títeres, mimos y contorsionistas en la Peatonal, Av. 3 entre los paseos 104 y 108.

• *La aventura de vivir*, del titiritero geselino Fabián Villarreal. Para los chicos, el tema es la defensa del medio ambiente. En la Casa de la Cultura, Av. 3 y paseo 109. Todos los viernes y domingos de febrero a las 20.30. Entrada 3 pesos.

• *Dulce Gusi*, de Fabián Villarreal, títeres. Exclusivamente los días de lluvia a las 19.30 en la Casa de la Cultura, Av. 3 y paseo 109. Entrada 3 pesos.

• *Las Cortaderas*, mimo y plástica. Todos los días actividades recreativas para niños coordinadas por Juan Carlos Occhipinti. A partir de las 19 en Av. Buenos Aires y Circunvalación. En el Balneario Matilde, martes, jueves y domingos desde las 10.45, calle 301 y playa.

• Castillo de Juguelandia, parque para chicos, carrousel, trencitos, desde las 17 en Av. 3 entre los paseos 125 y 126.

• Master-park, parque cubierto. Laberinto, gusanos, cuatriciclos, carrousel de dos plantas. En Av. 3 entre paseos 102 y 104.

• Cabalgatas para niños desde los 3 años en el Centro de Equitación. Todos los días entre las 15.30 y las 17. Boulevard y paseo 102.

PASEOS

• La Casa de las 4 Puertas, o Museo y Archivo Histórico Municipal. Está emplazado en lo que fuera la primera vivienda familiar de Carlos Gesell. Su construcción data de 1932 y se halla en su totalidad en forma original. Conocida como la "casa de las 4 puertas" porque Gesell previó posibles obstrucciones de arena durante los primeros años de fijación de dunas. Una galería perimetral como único medio de obtener sombras (cuando se levantó la casa no había nada de vegetación). Visitas guiadas en alemán e inglés, horario diario de 9 a 13 y de 17 a 21. En el Pinar entre Alameda 202 y calle 302. Tel. (0255) 6-8624.

• Faro Querandí. A 30 km. de Villa Gesell en dirección al sur, el Faro Querandí elevado 65 m por encima del nivel del mar. Turismo de aventura, pesca de la corvina negra, cazones y tiburones en las canaletas ubicadas frente al Faro. Para visitas programadas en paseo 111 número 293.

• Feria Artesanal Regional y Artística. Exponen artesanos locales y de otros lugares del país, elegidos por sus trabajos en cerámica, metales, cueros, maderas y otras especialidades. En la Av. 3 entre paseos 112 y 113, todas las noches hasta las 2 de la madrugada.

• Mar Azul. Al sur de Villa Gesell, localidades con bosques que llegan hasta el mar. Se llega en cuatriciclos, cabalgando, autos o en el 504, el ómnibus local, que sale de la terminal de Av. 3 y 140.

DEPORTES Y JUEGOS DE PLAYA

• Escuela de minivoley de 16.30 a 17.30, todos los miércoles, viernes y sábados en playa entre los paseos 112 y 113.

• Hoy culmina el torneo de Jet Sky Nacional. Mañana Jet Sky Internacional y Voley Interplayas de 6.

• El viernes continúa el Jet Sky Internacional. A las 16 Maxi juegos recreativos (tipo "Telematch") y Voley Interplayas de 6.

• El próximo domingo Jet Sky Nacional y Maxi juegos recreativos a las 16. Todos los torneos se realizan en el miniestadio de playa entre paseos 112 y 113. Entrada libre y gratuita.

• En Windsurf campeonatos de truco y siempre la presencia de Badón de Nigeria a partir de las 17 conduciendo clases de aerobics al ritmo de cumbias y música tecno. En playa y paseo 108.

VILLA GESELL... *a sólo 200 pasos!*

HACE 60 AÑOS, EN UNA CAMINATA TAN CORTA, DON CARLOS GESELL DESCUBRIO COMO FIJAR LOS MEDANOS QUE LE PERMITTIRIAN CONSTRUIR UN PARAISO EN EL DESIERTO. HOY *Villa Gesell* ES UNA GRAN CIUDAD Y LE OFRECE EXCEPCIONALES PRECIOS PARA SU ALOJAMIENTO Y ESTADA, CONVIRTIENDOSE EN EL MEJOR LUGAR PARA QUE USTED PASE SUS VACACIONES.

Hotel 1 estrella : 7 noches*, desde $ 140 - *Hotel 3 estrellas: 7 noches*, desde $ 280** ***Menú turistico :
***Hotel 2 estrellas : 7 noches*, desde $ 210 - *Hotel 4 estrellas: 7 noches*, desde $ 420** **desde $ 8**

Villa Gesell

SIGA EL EJEMPLO DEL FUNDADOR. DECIDASE A DAR SUS *200 pasos!*

FARBEN